

En la ciudad de Shawakis vivía un príncipe amado por todos: hombres, mujeres y niños. Aún los animales del campo se acercaban a él para saludarlo.

Sin embargo, la gente decía que su esposa no lo amaba y, aún más, que lo odiaba.

Cierto día, la princesa de una ciudad vecina llegó a visitar a la princesa de Shawakis. Y, sentadas, conversaron, y sus palabras derivaron hacia sus esposos.

La princesa de Shawakis dijo con pasión:

-Envidio tu felicidad con el príncipe, tu esposo, a pesar de tantos años de matrimonio. Yo odio a mi esposo, no me pertenece a mí sola y soy la más infeliz de las mujeres.

La princesa de visita, mirándola, dijo:

-Amiga mía, la verdad es que tú amas a tu esposo. Sí, y aún sientes por él una pasión viva. Y eso es vida para una mujer, como la primavera para un jardín. En cambio, apiádate de mí y de mi esposo, pues nos soportamos en paciente silencio. Y, sin embargo, tú y los otros consideran a eso felicidad.